

CENÁCULO EN *Cudresha*

MEDITACIÓN SALMO 50 (51)

ORACIÓN

POR: P. JAIME BAERTL



SALMO 50 (51)

PECADOR ARREPENTIDO

Misericordia, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa,
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado.

Contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.

Mira, culpable nací,
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero
y en mi interior me inculcas sabiduría.

Rocíame con el hisopo, quedaré limpio,
lávame hasta quedar más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y alegría,
que se alegren los huesos triturados.

Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda mi culpa.

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;

no me arrojes lejos de tu rostro
ni me quites tu santo espíritu;

devuélveme el gozo de la salvación,
afiánzame con un espíritu generoso.

Enseñaré a los malvados tus caminos,
y los pecadores volverán a ti.

De homicidio líbrame, oh Dios,
Dios y Salvador mío,
y mi lengua aclamará tu justicia.

Señor mío, ábreme los labios
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen;
si te ofrezco un holocausto, no lo aceptas.

Para Dios sacrificio es un espíritu quebrantado,
un corazón quebrantado y triturado (humillado),
tú, oh Dios, no lo desprecias.

Señor por tu bondad, dignate favorecer a Sión
y reconstruye las murallas de Jerusalén;
entonces aceptarás sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.



MEDITACIÓN

Salmo penitencial que es oración de petición de perdón, una de las oraciones más célebres del Salterio, el más intenso y repetido salmo penitencial, el canto del pecado y del perdón, la más profunda meditación sobre la culpa y la gracia que desde hace muchos siglos sube al cielo desde innumerables corazones de fieles judíos y cristianos como un suspiro de arrepentimiento y de esperanza dirigido a Dios misericordioso.

Son dos los horizontes que traza el salmo 50. El primero es describir la región tenebrosa del pecado (cf. vv. 3-11), en donde está situado el hombre desde el inicio de su existencia: "Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre" (v. 7). Sin embargo, si cada uno de nosotros reconoce y confiesa su pecado, la justicia salvífica de Dios está dispuesta a purificarlo radicalmente. Así se pasa al segundo horizonte que es la región espiritual del Salmo, es decir, la región luminosa, de la gracia (cf. vv. 12-19). En efecto, a través de la confesión de nuestras culpas se nos abre el horizonte de luz en el que Dios se mueve. El Señor no actúa sólo negativamente, eliminando el pecado, sino que vuelve a crear la humanidad pecadora a través de su Espíritu vivificante: infunde en el hombre un "corazón" nuevo y puro, es decir, una conciencia renovada, y le abre la posibilidad de una fe límpida y de un culto agradable a Dios.

Queda claro que es esencial que exista en cada uno conciencia de ser pecadores, y el estar dispuestos a percibir claramente el mal cometido y sus consecuencias. Es una experiencia que implica libertad y responsabilidad, y nos lleva a admitir que hemos roto un vínculo para construir una opción de vida alternativa respecto de la persona de Dios y a sus planes. De ahí se sigue una decisión radical de cambio. Todo esto se halla incluido en aquel "reconocer", un verbo que en hebreo no sólo entraña una adhesión intelectual, sino también una opción vital.

La confesión de la culpa y la conciencia de la propia miseria no desembocan en el terror o en la pesadilla del juicio, sino en la esperanza de la purificación, de la liberación y de la nueva creación.

Es significativo, ante todo, notar que, en el original hebreo, resuena tres veces la palabra "espíritu": "Renuévame por dentro con espíritu firme; (...) no me quites tu santo espíritu; (...) afiánzame con espíritu generoso" (vv. 12. 13. 14). En cierto sentido, utilizando un término litúrgico, podríamos hablar de una "epiclesis", es decir, una triple invocación del Espíritu que, como en la creación aleteaba por encima de las aguas (cf. Gn 1, 2), ahora penetra en nuestras almas infundiendo una nueva vida y elevándonos del reino del pecado al cielo de la gracia. ahora el mismo Espíritu divino crea de nuevo (cf. Sal 50, 12), renueva, transfigura y transforma al pecador arrepentido, lo vuelve a abrazar (cf. v. 13) y lo hace partícipe de la alegría de la salvación

Después de experimentar este nuevo nacimiento interior, el orante se transforma en testigo, en apóstol: promete a Dios "enseñar a los malvados los caminos" del bien (cf. Sal 50, 15), de forma que, como el hijo pródigo, puedan regresar a la casa del Padre. Los que hemos experimentado el amor misericordioso de Dios nos convertimos en sus ardientes apóstoles, sobre todo con respecto a quienes aún se hallan atrapados en las redes del pecado.

